

—Del que en estos momentos está muy lejos de Bretaña.

—¿Del primogénito? replicó maese Geraud, cuya voz temblaba cada vez mas; ¡de Mr. Luis!... ¿No ha muerto?

El Americano se sonrió.

—Que yo sepa no, dijo.

—¿Lo conocéis?

—Mi digno maese Geraud, replicó Roberto guiñando un ojo, ¿á qué vienen esas preguntas? ¿No habéis adivinado ya que voy al castillo de parte de mi querido amigo Luis de Penhoel?

Blas se puso á atizar el fuego que ardía en la chimenea para disimular su entusiasmo.

Una lágrima surcó la mejilla de maese Geraud.

### III.

#### EL AUSENTE.

Mr. Roberto de Blois, conocido con el nombre del *Americano*, era uno de esos hijos de la casualidad que no se sabe dónde nacen, y que tampoco poseen nada en la tierra. ¿Era de origen francés ó extranjero? Nadie hubiera podido decirlo. Su acento era el de los parisienses; pero Paris por grande que sea no puede aceptar la paternidad de los innumerables aventureros que se llaman sus hijos. Acuden allí de todos puntos atraídos por un

instinto irresistible. Luego se lanzan armados de todas armas á la conquista de las sencillas provincias desde aquel centro heroico donde el talento y la audacia están en la atmósfera, donde cada uno puede hacerse criador de comedia con solo dejar á sus poros absorber el viento de la intriga.

Para brillar en Paris es preciso ser de los mas espertos.

Roberto de Blois tenia tambien su mérito, pero no era de esos hombres que en ocasiones llaman la atencion de la capital y que llevan á presidio grandes méritos y títulos de duque.

En la profesion hay sus grados. Roberto no podia aspirar mas que á figurar en la jerarquía de los que estafaban en las provincias.

No era porque careciese de eminentes cualidades, sino porque no era completo.

Para hacer en pocas palabras su apología, diremos que tenia gran talento y mucha de esa destreza que se necesita para arrancar del fondo del alma un secreto, por muy dispuesta y empeñada que esta esté en ocultarlo.

Además, era hombre de sangre fria, imaginacion y elegancia. Tambien es preciso colocar en primera línea una irresolucion nativa que únicamente cesaba ante las grandes situaciones extremas. Roberto era excelente para empeñar una guerra desesperada en el momento en que fuera forzoso escoger entre la vida y la muerte.

El hambre le daba génio.

Pero desde el momento en que tenia algo que perder, cambiaba su audacia en morosidad. Deteníase á la mitad del camino por el temor de ver perdido su trabajo.

Volvia á ser otra vez pobre y volvia entonces á ser hombre.

Despertaba su sutil imaginacion, bullian de nuevo las ideas en su cabeza, y ¡ay de los escudos que no estuviesen muy bien guardados!

En suma, era un aventurero de órden secundario, pero escesivamente peligroso y capaz de llegar en momentos felices á la suprema habilidad del género.

Contaba ya diez años de carrera, habiéndola comenzado desde los quince.

Desde entonces solo Dios sabe cuánto habia trabajado, ya como soldado ó capitán, ya pobre ó rico, ya explotando á veces la intriga de la alta comedia, ya descendiendo á las supercherías del mas vulgar ratero y arriesgando su libertad por algunos francos.

Sin embargo, se iba formando así y adquiriendo ideas fijas. Su objeto era robar mucho para representar el papel de hombre honrado en un buen castillo de su propiedad con una mujer amable y de noble cuna.

Roberto detestaba la sociedad.

Blas y él se habian hecho amigos en Paris por consecuencia de las relaciones que tenian con un encubridor llamado Bibandier que poco tiempo ap-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

tes había ido al presidio de Brest á expiar sus crímenes. Blas era un tunante adocenado, tal vez menos desalmado que Roberto, pero menos desidiado, y que carecía de ese valor ficticio y de las pruebas que el Americano había hecho por la fuerza sola de su voluntad.

Ambos habían ganado sus sobrenombres de guerra como Escipion el Africano y el gran Fabio.

Ambos habían perfeccionado notablemente, si no inventado, los géneros de robo que en el día están al alcance de todo el mundo. Para comprender el sentido especial de estos dos apodos, el *Americano* y el *Zalamero*, basta haber leído la *Gaceta de los Tribunales*.

En cuanto á Lola, la había cogido Roberto de una cuadrilla de volatineros donde para libertarse de los golpes bailaba en la cuerda floja. Tenía diez y ocho años.

Nadie se había cuidado nunca de decirle: Esto está bien ó mal.

Difícil hubiera sido saber lo que había en el fondo del corazón de aquella pobre niña.

Aquel día estaba Roberto en uno de los mas felices de su vida. El hambre y los bolsillos vacíos le animaban. Pero la noche se anunciaba cruda y Roberto no recordaba haber afrontado nunca tantas dificultades. En aquel momento ocultaban el esfuerzo mas enérgico de su vida sus maneras francas y su tranquila fisonomía.

Era un trabajo continuo, un combate sordo y sin

tregua ni descanso. A favor de su sonrisa estaba acechando cada palabra del posadero, interpretando cada gesto y prodigando su consumada destreza para poder formarse una palanca de la menor circunstancia. Es imposible decir lo que había trabajado desde comenzar la lucha sin reflexion. Cuanto había intentado era el resultado de un cálculo; pero es cierto que su posición extrema le había precipitado bruscamente en aquella peligrosa prueba.

Había empezado la lucha sin armas y con el valor que da la desesperacion. Era una partida que en todo rigor se podía ganar, pero que considerada á sangre fría presentaba mil probabilidades de mal éxito.

Estas partidas se ganan á veces en las manos de un jugador hábil; una maniobra prudente puede forzar la suerte. A medida que avanzaba la entrevista sentía Roberto que su valor aumentaba. Su tentativa absurda é imposible se hacia casi razonable; de tal manera había vencido las primeras dificultades.

No era ya un loco que lee el nombre de una persona y grita desaforadamente; ¡para mí esa presa! La puerta de la casa de Penhoel iba abriéndose poco á poco.

Poseía ya la mitad de su secreto.

Muchas cosas podían aún destruir su frágil plan, reduciendo á polvo el edificio de sus mentiras; pero hasta entonces había caminado impávido por las

tinieblas y su prudente planta había logrado engañar los obstáculos del desconocido camino.

Al ver este inesperado prólogo creíase ya Blas fuera del negocio, pudiendo apenas contener su alegría.

El Americano no tenía tiempo para regocijarse. Estaba dedicado completamente al negocio, y su vista de lince interrogaba constantemente la fisonomía de maese Geraud, que era su única brújula.

¡Le quedaban tantas cosas por adivinar! ¡Era tan misteriosa aún aquella senda por la cual había dado algunos pasos!

Forzoso era saberlo todo. ¿Qué quería decir por ejemplo aquella lágrima que silenciosamente surcaba la mejilla del honrado breton?

Roberto esperó algunos minutos, y luego adelantó su silla y sin decir palabra tomó la mano del posadero, estrechándola entre las suyas:

—¿Le amais? dijo con voz conmovida.

Maese Geraud volvió la cabeza para ocultar sus ojos humedecidos.

—¡Truenos de Brest! murmuró; ¡yo no soy un llorón! ¡Pero como Mr. Luis era casi mi hijo!... ¡Le he hecho subir tantas veces á mis rodillas cuando el comandante venia con licencia al castillo!... ¡He servido veinte años á las órdenes del padre de los Penhoel, caballero!... y cuando como yo se ha visto al comandante en el banco de guardia treinta ó cuarenta veces, desarbolando y echando á pique los barcos ingleses con su uniforme de capi-

tan de navío, no se hubiera podido menos de dar por él el cuerpo y el alma.... ¡Y luego tan bueno!...

—He oído hablar del comandante de Penhoel, interrumpió Roberto.

—Ya lo creo.... ¿quién no habrá oído hablar de él? ¡Ah! ¡aquellos eran buenos tiempos!... Pero ha muerto y aquel de sus hijos que le sobrevivió y mas se le parecía, abandonó un día nuestra Bretaña para no volver mas.... El otro....

—¿El otro no es digno de su padre? preguntó el Americano.

—¡Sí tall exclamó vivamente maese Geraud.... Dios me libre de haber dicho nada que pueda hacer pensar eso, caballero.... El segundon de la familia es un hombre digno.... Pero nuestro Luis....

El posadero se interrumpió dando un suspiro.

Blas se decia, removiendo la ceniza:

—Parece que el buen vizconde tiene cuarenta mil libras de renta y no cuenta aún sesenta años como habíamos creído.

—¡Nuestro Luis! prosiguió el huésped.... difícil seria hallar un corazón como el suyo.... ¿Pero vos, que venís de su parte, podeis decirme dónde está y qué hace?

—Está en los Estados-Unidos, respondió el Americano sin vacilar, y es teniente coronel del ejército de la república.

—¡Ah! exclamó el posadero.... ¡hijo mío!.... ¿y es feliz?

—No, replicó Roberto.

Maese Geraud levantó los ojos al cielo.

—A nadie ha dicho su secreto, murmuró.... ¡pero nadie se destierra sin sufrir! ¡Dios le proteja!

Hubo un momento de silencio que Roberto aprovechó para poner en orden sus baterías.

—Vamos, replicó de pronto, fingiendo abandonar su supuesta melancolía; no se trata ahora de comoverse.... Por mi parte pasaria todo el dia hablando del pobre Luis; pero creo que es preferible que cada uno termine sus negocios.

—Si hay que llevar alguna carta suya al castillo, dijo el posadero, mónto en mi mulo y parto al momento.

Roberto meneó la cabeza.

—¿Ha escrito despues de su partida? preguntó.

Esta pregunta, tan importante para él, fué hecha con ese tono grave que plantea las premisas de un argumento.

—Una sola vez, respondió el huésped, un año despues de su viaje.

—Pues bien, maese Geraud, es forzoso creer que tendrá alguna razon para guardar silencio tanto tiempo.... ¿Por qué escribir despues de tanto tiempo de no hacerlo?

—¡Es verdad! ¡es verdad! murmuró el honrado hombre. ¡Sin embargo, amaba tan tiernamente a

su hermano!.... ¡Ah! hay en su conducta cosas que no comprendo.

Se detuvo; pasóse la mano por la frente cual hombre que quiere recoger involuntariamente sus recuerdos.

—Nunca se han visto dos hermanos que se amaran como ellos! replicó.

El Americano cuidó bien de no interrumpirle esta vez.

—Desde el dia de su nacimiento hasta la edad de veinte años no se vió nunca al uno sin el otro. Hubiérase dicho que no tenían mas que un corazón. Luego, de pronto, y aun en vida del comandante y de la anciana señora, que son ahora un santo y una santa en el cielo, pasó por el castillo un viento misterioso de desgracia. Habia allí una niña bella como los ángeles del cielo.

El posadero se interrumpió otra vez, dando un hondo suspiro.

El Americano era todo oídos.

—Ignoro lo que sucedió, prosiguió maese Geraud. Hacia aquel tiempo fueron los Pontalés al castillo, y cuando Pontalés estrecha la mano de Penhoel se rie el diablo en lo mas profundo de los infiernos.

Una pregunta llegó á los labios de Roberto, que pudo detenerla y siguió guardando silencio.

El breton siguió:

—¡Son el agua y el fuego! Los Pontalés tenían en otra época una casita en medio de un campo in-

culto.... Mis padres los han conocido con albarcas en los piés. Ahora es suyo el bosque.... el bosque y el castillo grande.... ¿Pero qué digo?... Mlle. Marta era la niña mas bella de todo el país. Se creía que amaba á Luis.... ¡Ahl jesto llamó la atención de todo el mandol Mr. Luis partía, y los que lo encontraron en el camino pudieron ver las lágrimas que se desprendían de sus ojos. René, su hermano menor, fué el que se casó con Mlle. Marta, y desde entonces no se pronuncia en el castillo el nombre de Mr. Luis.... ese nombre que en diez leguas á la redonda conservan todos en el corazón.

Si el Americano hubiese tenido bien repletos sus bolsillos, hubiera pagado muy pródigamente esta corta y vaga historia.

—Luis me ha hablado de los Pontalés, dijo; estaba yo muy lejos de creerlos tan ricos.

—Tres veces mas que los Penhoel, exclamé maese Geraud con cólera.... y tambien cuatro..... ¡Ahl Pontalés el viejo es un soberbio normando con su fisonomía de hombre honrado. Encierra mas astucia bajo sus blancos cabellos que cincuenta cabezas bretonas.... Felizmente el amo lo ha esahado para siempre del castillo, porque habia muchos malos presagios como este en torno de Penhoel.

Y calló.

Roberto esperó un momento, aguardando otros detalles sobre Luis de Penhoel; pero el posadero

guardaba silencio, conociéndose claramente que no sabia mas.

Roberto replicó:

—Maese Geraud, os suplico que no me volvais á hablar mas de Luis.... Os estaria escuchando un siglo; pero el tiempo vuela y no puedo perder un momento.... Decidme mas bien lo que ahora sucede en el castillo.... Si Penhoel no escribe quiere que se le escriba, y hasta el menor detalle será muy precioso para él.

El posadero no tenia ya desconfianza. Hubiera puesto lo que mas hubiese querido bajo la salvaguardia del hombre que le daba noticias del hijo mayor de su amo.

—En el castillo, prosiguió, creo que son felices ahora. En quince años se pueden olvidar muchas cosas cuando no se tiene voluntad de recordarlas! Su hermano ha recobrado una buena parte de los bienes de su familia, vendidos durante la revolucion. Si no es la casa mas rica del país, por los Pontalés, que en el año 95 compraron el antiguo castillo, el bosque de Cosquer y muchas otras tierras de la familia, es todavia á pesar de lo que ha podido suceder, la casa mas respetada.... Cuando le escribais, caballero, le direis que la hija de su hermano, la niña Blanca de Penhoel, es tan buena y tan cariñosa, que desde Carentoir hasta la salida de Redon la llama todo el mundo el Angel.... La señora no ha perdido su belleza á pesar de la palidez que desde hace muchos años cubre su ro-

tro. No asiste nunca á las fiestas de los castillos vecinos, pero los pobres la conocen y ruegan á Dios por ella, porque es la Providencia de los desgracia- dos.... Mr. René es buen marido y buen padre á pesar de que algunos han dicho que á veces dirige siniestras miradas á la cuna de su hija, la niña Blanca. Sirve á la Iglesia, ama al rey y su puerta está constantemente abierta; en una palabra, es un Penhoel.... Además, hay otros huéspedes en el castillo, y lo que estoy seguro que alborozaría el corazón de Mr. Luis sería ver á las dos niñas del tío Juan!....

—¡Buen hombre! interrumpió Roberto, que buscaba la ocasión de continuar su papel, aparentando estar enterado de todo.

—¡El tío con albarcas! exclamó Geraud; apostaría á que os ha hablado algunas veces de él.

—Mas de ciento.

—¡Lo quería tanto! ¡Oh! ¡y éste no le ha olvidado! ¡Cuántas veces al oír hablar de Mr. Luis he visto inclinarse su cabeza y surcar una lágrima su mejilla! Si escribís á nuestro amo es preciso que le digáis todo eso, y además que el tío tiene dos hijas, dos niñas mas bellas aún, si es posible, que Blanca de Penhoel.... Habitan el castillo como génius del bien; su alegre sonrisa reanima el alma: parece que mientras ellas lo habiten no puede entrar allí la desgracia, y sin embargo....

Se interrumpió, añadiendo en voz baja involuntariamente:

—¿Os ha hablado alguna vez Mr. Luis de Benito Haligan?

Roberto aparentaba recordar.

—Benito el barquero.... añadió el huésped.

—¡Esperad! ¿Benito?

—Benito el Brujo.

—¡Ah! ¡sí!

—Algunos hay que se burlan de él, pero conozco que lo sabe todo.

Maese Geraud movió la cabeza, y bajando aun mas la voz dijo:

—No es necesario que habéis de él cuando le escribais: pero Benito dice que el castillo no tardará en perder sus dulces alegrías.... que volarán á los brazos del señor juntas el Angel y las dos hijas del tío.... ¡Elena, la niña vivaracha, y Diana, la hermosa santa!

—¡Qué locura!

—Sí, sí; Benito las ve en sueños vestidas con largos trajes blancos vagar á la orilla del rio como las hijas de la luna. Pero tal vez se engañe Benito una vez en su vida.... Dios lo quiera, y ojalá se cierren mis pobres ojos antes que ver eso.

El posadero inclinó la cabeza sobre el pecho. Parecía que reflexionaba.

Al cabo de algunos segundos acudió á sus labios, una sonrisa triste.

—¡Queridas niñas! replicó con voz conmovidas Pero ya vereis al Angel, caballero.... Ya vereis á Diana y Elena, las perlas del país, con sus jubones

de lana rayada y toquillas de aldeana cubriendo sus cabellos.... Porque aunque pertenecen á la rama legítima de los Penhoel, no poseen nada en el mundo y el tío Juan, su padre, quiere que vistan como las pobres muchachas de la aldea.... pero aun cuando las cubrierais de harapos no podríais prescindir de saludarlas al pasar.... Diríase que son dos reinas niñas. ¿Y cómo no habia de sobresalir su belleza entre todas las demás? añadió el buen posadero sonriendo tristemente, cuando se parecen tanto....

—¿A quien?

—Al primo génito de Penhoel.... como dos gotas de agua pueden parecerse á tras dos.

—¡Oh! ¡oh! dijo Roberto.... ese pobre tío con albarcas....

La voz de maese Geraud tomó un acento severo....

—Es una familia santa, caballero, dijo, y nuestro Luis respetaba á la madre de las dos niñas como si lo fuera suya propia.

El Americano habia depuesto su sonrisa burlesca.

—En fin, prosiguió el huésped, cuando le háyais dicho todo eso si os queda aún algun trazo de papel que llenar, y os dignais pronunciar el nombre de un pobre hombre, añadidle que hay en el puerto de Redon un antiguo servidor de la familia que daría por él hasta la última gota de sangre.

—Para eso habrá siempre un buen lugar, mi

buen maese Geraud, replicó Roberto de Blois: ¿pero me habeis nombrado ya á todos los huéspedes del castillo?

—¡Todavía no! El anciano tiene un hijo de mas edad que Diana y Elena.... se llama Vicente: hasta el día es el único heredero del nombre de Penhoel: un buen muchacho, aunque algo brusco y salvaje, pero con el corazón en la mano. En fin, está tambien el hijo adoptivo del amo y de la señora, que se llama Roger de Launoy.... una cabeza viva, aturdida, capaz de cualquier locura.... pero yo lo quiero por el gran cariño que profesa á la señora.

—¿Y cuánto dista estáo del castillo?

—Dos leguas largas.

—¿De buen camino?

—Al contrario, pero muy seguido hasta la barca de Port-Corbeau.

Roberto miró por la ventana, aparentando medir la altura del sol, que alumbraba con sus dorados rayos las casas del puente de San Nicolás.

—Es preciso que partamos al momento.

—¿Ahora? exclamó el posadero.... Ya no queda mas que una hora de día.... Es posible....

—Sin embargo, puesto que el camino es recto....

—Recto, sí, pero muy desigual á causa de las últimas lluvias y lleno de barrancos en mas de treinta sitios.

—Con buenos caballos, dijo Roberto, se pueden pasar sin riesgo.



—No siempre, replicó el posadero, puesto que los caballos nada pueden contra los bandidos.

—¿Los bandidos?

—Una partida de pícaros que no se sabe de dónde han venido, y que se burlan de la gendarmería: hay tantas malditas cuevas en nuestros campos....

—Sería un contratiempo, dijo el Americano, que nos impidieran el paso los bandidos.

—Otros muchos han dicho lo mismo que vos, objetó el huésped, y se han arrepentido! ¡Pero estoy diciendo tonterías! Vos llegaréis de noche á la barca de Port-Corbeau y las gentes del país dicen que el Oust se ha salido de madre.

—¿Qué peligro puede ofrecer sabiéndolo?

—Venís de parte del primogénito de Penhoel, dijo maese Geraud, y me intereso por vos como un verdadero amigo.... No partais á estas horas, señor; os lo suplico, porque si os llega á sorprender la inundación cerca de Penhoel, no os queda otro recurso que encomendar el alma á Dios.

El Americano reflexionó algunos momentos y se levantó.

—Tal vez permanezcamos mucho tiempo en Penhoel, dijo; pero en tales circunstancias es preciso que emprendamos nuestro viaje mañana al ser de día. Además, mi comision es de tal naturaleza, que no se puede confiar á nadie. ¡Debeis comprender esto, maese Geraud! No se trata únicamente de hablar con el señor de Penhoel....

—¿Teneis quizá que hablar á la señora? murmu-

ró el posadero con aire tímido y como si temiese espresarse demasiado su pensamiento.

Roberto hizo un gesto afirmativo.

El huésped levantó los ojos al cielo y cesó de interrogar.

Su última pregunta habia sido como el complemento de los detalles suministrados antes. Abrió á Roberto un horizonte nuevo, y en aquel momento casi puede asegurarse que sabia mas que el mismo posadero.

—Cualquiera que sea el resultado de nuestra excursion, dijo, nos volveréis á ver mañana, maese Geraud, á menos que vuestros bandidos no nos coman ó maten en el camino. En efecto, es preciso que vuelva á pasar por Redon, ya para tomar los equipajes que he dejado en la administracion, ya para continuar mi viaje en el caso de que tenga alguna razon para no abusar de la hospitalidad de Penhoel. Por ahora me resta únicamente pedir os un par de buenos caballos.

—¿Estais decidido á partir?

—Decidido. El tiempo vuela y os agradeceré infinito que estén los caballos cuanto antes.

Estas palabras fueron pronunciadas en un tono que no admitia réplica.

El dueño del Carnero Coronado salió murmurando su letanía de objeciones.

En cuanto hubo cerrado tras sí la puerta, reechazó Blas su silla é hizo una cabriola.

—¡Engañado!... ¡esclamó!... ¡Ah! famoso, ¡famoso! Roberto... Sabes mucho mas de lo que yo creía. Ahora sí que no daría la parte que en el negocio me corresponde ni por mil escudos.

—Todavía, todavía, dijo el Americano, cuya frente permanecía pensativa; tenemos que vencer aún un obstáculo.

—¿Los bandidos?

Roberto se encogió de hombros.

—Al contrario, replicó, justamente son ellos los que me hacen partir esta noche. Los bandidos están situados perfectamente, y gracias á ellos podremos justificar la falta de nuestros equipajes. Seremos robados en el camino, y el triste estado en que nos presentamos no podrá menos de inspirar simpatías.

—Tienes mucha razon, contestó el Zalamero. Imposible es que haya otro con tanto ingenio en el ámbito de la tierra.

Un movimiento que Lola hizo tras las colgaduras pareció cambiar bruscamente el curso de las ideas del Americano.

—Corre á buscar á maese Gerand, exclamó... ¿en qué diablos estaba yo pensando? No hemos perdido mas que dos caballos y necesitamos tres.

Oscurecióse la frente de Blas.

—¡He aquí el obstáculo!... Sin esa mujer serías mas grande que Napoleon... Pero, hombre, por Dios, ¿qué demonios quíeres que hagamos con ese espantajo en el castillo?

—Vé á pedir otro caballo.

Blas bajó la cabeza con aire de mal humor, dirigiéndose sin embargo hácia la puerta para obedecer.

Pero antes de que hubiese traspuesto el dintel, pareció volverse atrás el Americano.

—¡Espera! dijo... Es verdad; podemos esperar hasta mañana: de ese modo nos libraremos de arreglar la cuenta con ese viejo inocente de maese Gerand.

—Mi opinion, replicó el Zalamero, es que decididamente podríamos dejarla aquí en pago del vino de Nantes y de la cena.

Roberto estaba cerca del lecho, cuya colgadura levantó; los rayos del sol poniente enviaron un pálido reflejo de oro al rostro de la dormida joven.

Parecia sonreír.

El Americano estendió hácia ella su mano, y su pronunciado lábio esperimentó un movimiento de sarcástica alegría.

—¡Qué loco eres! pronunció con voz sorda y breve... en el castillo hay un hombre joven aún, un

hombre sencillo y vehemente sin duda como todos los salvajes de este país de Bretaña. La mujer de ese hombre no le ama porque piensa en el ausente.... ¡mira qué hermosa es Lola!....

Blas bajó la cabeza con aire de mal humor, dirigiéndose sin embargo hacia la puerta para obedecer.

Pero antes de que hubiese transcurrido el tiempo pareció volverse atrás el Americano.

— ¡Esperad! dijo... Ha verdad, podemos esperar hasta mañana de ese modo nos libraremos de otro gran la cuenta con ese viejo inocente de mamá. ¿No es así?

— Mi opinión respecto al matrimonio, es que debería dársele podíamos decirle aquí un pago del vitalicio de 2 años y de la casa.

Roberto estaba en el momento de levantarse, los rayos del sol se reflejaban en el suelo, dando lugar a una gran claridad.

El Americano extendió hacia ella su mano y se pronunció sobre el asunto, expresándole su movimiento de asombro.

— ¡Qué loco eres! ¿por qué con esa edad y ese aspecto de una Arcadia abandonada?

El aspecto de la Arcadia abandonada, en el momento de haberse levantado, se reflejaba en el suelo, dando lugar a una gran claridad. El Americano extendió hacia ella su mano y se pronunció sobre el asunto, expresándole su movimiento de asombro.

## IV.

En la mañana se ve pasaba por el verde césped...

## BOSTON DE FONTAINEBLEAU.

A tres leguas y media de Redon, que á lo mas hacen dos leguas cortas de las del país, y á la derecha del camino de Vannes, divide en dos partes el rio Oust una alta colina para poder llegar á los pantanos de Glénac.

Entre las dos mitades de la colina no hay otro valle que el rio, cuyo curso es bastante estrecho por aquella parte; aquello parece cortado por la mano del hombre.